

En real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y á los portes meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 10 rs. portes para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO.

Hemos repartido en Madrid á todos los suscritores de la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, la entrega primera de la *España Geográfica, Histórica, Estadística y pintoresca*, con encargo á los distribuidores de consultar su voluntad sobre si desean favorecernos en esta publicacion. Los que no la hayan recibido se servirán avisar en el Gabinete literario, calle del Príncipe, en el concepto de que en la presente semana se reparará la entrega quinta, y desde la sexta en adelante queda cerrada la suscripción por tomos y concluye el plazo para obtener las ventajas ofrecidas á los primeros suscritores.—Suplicamos á nuestros correspondientes de provincia que no hayan remitido las listas de los que quieren adquirir esta obra, que las envíen sin demora para poder regularizar la tirada de ejemplares, pues de lo contrario se siguen muchísimos perjuicios á la empresa, y aun á los suscritores mismos, puesto que hacer una segunda impresión sería imposible en obra tan costosa al ínfimo precio que se le ha señalado.

Llamamos la atención de todos nuestros lectores sobre las dos últimas planas del presente número que contienen advertencias y anuncios importantísimos para los interesados en la suscripción de la *Biblioteca Popular* y otras publicaciones del establecimiento.

LAS WILIS.

Sería poco mas de la media noche, y la luna apareciendo por encima de las mas elevadas árboles iluminaba con su blanquiza claridad toda la campiña. En esta hora en que tanta calma y tanta solemnidad se advierte en el silencio de la naturaleza, un jóven en trage de camino y con una mochila á las espaldas, vino rodeando por fuera del pueblo hasta llegar á la casa de Ana, otra jóven su prometida esposa; pero de la que se había de separar por algun tiempo: pues asuntos é intereses de familia le llamaban lejos de su pueblo natal. El jóven, á quien llamavamos Enrique, distinguió bien pronto la ventana de su querida, por que al través de las cortinillas se percibía la claridad misteriosa de la lamparilla que aun ardía en la estancia. Acercóse lentamente, dejó sujeto en la

ventana un hermoso ramo de flores y se retiró lentamente, volviendo la cabeza repetidas veces y estando un buen rato parado en el sitio en que una revuelta del camino le iba á ocultar la casita alumbrada por la luna.

Al amanecer del dia siguiente, apenas los primeros rayos del sol se reflejaron en las vidrieras de Ana, esta se levantó con el pelo suelto y el vestido desordenado; habia estado llorando gran parte de la noche y al fin se habia quedado dormida sin desnudarse. Al abrir las vidrieras vió el ramillete, le besó y le estrechó contra su corazón.

Enrique no dejó de enviar cartas con frecuencia; pero es bien sabido que la ausencia es mas sensible para el que se queda, y en poco tiempo Ana perdió el sonrosado de sus mejillas. Llegó un momento en que las cartas empezaron á escasear, y por último dejaron de recibirse. Ana á nadie se quejó; pero en sus ojos hundidos y en su rostro marchito se leía su pesadumbre; lloraba en silencio en su habitación y cada vez mas triste y pensativa al fin vino á caer enferma.

Cuatro veces habia escrito á Enrique sin tener contestacion, y he aquí cual era el motivo. Enrique habia sido llamado á la corte por un tío suyo, enfermo de cuidado; pero la llegada del sobrino le colmó de alegría y fue causa de su restablecimiento. El tío estaba muy rico, y de sus muchos hijos no le habia quedado mas que una hija, la que tenia intencion de casar con Enrique. No atreviéndose este á rehusar desde luego la propuesta, pidió tiempo para obtener el consentimiento de su madre, escribiéndola que se le negase. En lo que tardó en venir la respuesta, Enrique se fué acostumbrando á su prima y á la mejorada situación, en términos que se alegró mucho de que en lugar de la carta que esperaba de su madre, le escribiese esta plañiéndole todas las ventajas de la union que podía contraer. Llegó en medio de las distracciones de la capital á olvidarse de Ana, mirando todos los compromisos que tenia con ella, como juegos de niños, de los que no debía hacer caso un hombre de razon.

Ana al saber estas noticias, no lloró; pero las lágrimas refluieron á su corazón y le abrasaron; buscó un consuelo en la oracion, que es el refugio de los desgraciados, y el lazo sagrado entre el hom-

bre y la divinidad. Al fin Ana murió y la enterraron con el mismo ramillete, ya marchito, que Enrique había dejado en su ventana la noche de su despedida.

Entretanto Enrique, esposo de una linda jóven y poseedor de un buen caudal, gozaba del lujo y placeres que reinan en la corte. Un año despues de su matrimonio murió su suegro, y su mujer manifestó deseos de pasar una temporada en el campo. Enrique no se atrevió á volver á su pueblo; pero dominado por el amor del país compró una posesion á corta distancia de él.

Volviendo un día de la caza, se halló Enrique perdido en medio de una selva á tiempo que el sol poniente doraba con sus oblicuos rayos las cimas de los árboles. Temiendo que le sorprendiese la noche en medio de la selva, aceleró el paso; pero desorientado é internándose mas y mas, vino á encontrarse cerca del pueblo de Ana. Como que la mitad de su vida se había pasado en aquellos campos, fácil le fué ponerse en el verdadero camino. Lanzó un suspiro y retrocedió prontamente á tiempo que la selva estaba mas misteriosa y mas silenciosa que nunca. El sendero por donde iba Enrique se iba haciendo cada vez mas sombrío, y apenas cruzaba algun pálido rayo de luna por entre las ramas. En vano Enrique procuraba desechar las penosas impresiones de su ánimo; porque el recuerdo de Ana y de aquellos días tan felices y tan puros de su amor, parece que cubria con un velo fúnebre todos sus pensamientos.

Conforme iba caminando, le daba en rostro el viento que agitaba las hojas de la selva y que venia impregnado con el aroma de las flores silvestres; pero este mismo viento le traía por intervalos los sonidos vagos y singulares de un cantico que no le era enteramente desconocido. Se adelantó rápidamente y de improviso se detuvo estremecido. Era preciso algun suceso muy extraordinario para hacer temblar de aquel modo á Enrique, el mas valiente de los cazadores de la selva, y sin embargo ni aun preparó su escopeta porque lo que le asustaba nada tenia de humano. Eran los compases bien claros y perceptibles de un wals coreado que muchas veces había bailado con Ana, antes de su separacion.

Ya no perdió una nota siquiera de aquella música: los coros eran de mugeres de voces puras, suaves, fugitivas; se detuvo reprimiendo el aliento para escuchar. Seguía sin cesar la música del wals; pero ya se percibia tambien como un ligero roce de pies sobre la yerba, tan ligero que no parecia producido por pies humanos: los cabellos se le herizaban en la cabeza, las piernas se le doblaban, y sin embargo, como impellido por una fuerza extraordinaria, avanzaba escuchando alóntico; porque la letra de los coros era precisamente la que él había compuesto en obsequio de Ana en los primeros días de la ausencia; pero sin haber llegado á escribirla, ni aun á dar parte á nadie de su composicion. Anduvo algunos pasos mas y se encontró en un campado del bosque, misteriosamente alumbrado



Fantasmas de todas clases iban pasando por delante de él.

por la claridad de la luna. Allí un extraño espectáculo se presentó á su vista.

Fantasmas de todas clases vestidas de blanco iban pasando sucesivamente por delante de él; más de estatura gigantesca, otras raquíticas, algunas de grotesca figura; pero todas silenciosas, sin que se percibiese más que el ligero roce de sus largas vestimentas en el suelo. Subían lentamente por un repecho que formaba un peñasco avanzado, y desde su ángulo saliente se lanzaban á inmensidad del espacio perdiéndose en sus oscuras sombras.

Venía después una comparsa de jóvenes también con vestidos blancos y coronadas de flores; estas eran las que bailaban y cantaban; pero la blancura de sus vestidos era muy extraordinaria y las coronas de flores parecían luminosas. Sus pasos eran tan ligeros, que se dudaba si realmente tocaban á la tierra; sus voces suaves y misteriosas no se fatigaban con el movimiento del baile, y sus rostros tenían una palidez espantosa. Enrique se acordó entonces de la tradición de *las vilis*, jóvenes abandonadas por sus novios y muertas sin maridos, que vienen por las noches á bailar en los bosques á la claridad de la luna. Pasaron algunos instantes ajustándose las coronas de flores, y después agarrándose dos á dos, empezaron el vals consabido; una sola se quedó en medio mirando tristemente al rededor como buscando pareja; su talle era flexible y esbelto, sus cabellos negros caían en trenzas á los lados de la frente, sus ojos de un azul oscuro eran de tierno y melancólico mirar; tenía en fin un ramillete marchito junto á su pecho.

Enrique creyó caerse muerto al reconocer en ella á su querida Ana. Esta se acercó al matorral donde estaba oculto Enrique, y cogiéndole de la mano le sacó á bailar. Enrique no tenía valor para acompañarla; pero arrebatado á pesar suyo por una fuerza sobrenatural, tuvo que bailar con su querida.

Después otra fantasma vino á bailar con él, y luego otra, y después otra; de modo que el pobre joven estaba ya estenuado; un sudor frío le corría por la frente y estaba tan pálido como un difunto. Quería dejarse caer al suelo, y una fuerza invencible le tenía siempre de pie. Se ahogaba porque el aire no entraba en su pecho; quería gritar y le faltaba la voz.

Ana volvió á sacarle para el vals, que se bailaba entonces con más rapidez que las otras veces. Enrique advirtió que la túnica blanca de su querida no encubría más que los huesos de un esqueleto. La mano fría como el mármol que Ana llevaba puesta sobre su hombro, le producía una impresión dolorosa; y por último, fijando su vista en el rostro de su pareja, solo vió una horrible calavera. Quiso desasirse; pero la fantasma le estrechaba, le comprujaba y por último le arrebató en el movimiento del vals, de una rapidez de que nada puede dar idea. . . . Al día siguiente por la mañana se encontró en el bosque el cadáver de Enrique.

DESHONRA Y MUERTE.

I.

Hacia bastantes días que me hallaba en la Coruña esperando viento favorable para ir á Santander, donde asuntos de familia exigían mi presencia en aquel punto á principios del mes de mayo de 1842. El tiempo era delicioso y pasaba la mayor parte de los días admirando esta hermosa ciudad que veía por primera vez, fundada casi en una isla como la caduca señora del Adriático, en guiraldada de multitud de buques que se prolongan desde el elevado barrio de Santa Lucía hasta los Pelamios, ostentando tantos y tan diversos patrones en sus topes y cangrejas, y batida por la espalda del temible Orzan; cuyos atropadores nos arrullan el sueño y el insomnio de los habitantes de esta Barcelona de la costa de Cantabria, que vista desde el cercano puerto de Santa Cruz, tanto se asemeja á una oscilante población de magia flotando sobre las olas y unida al continente tan solo por el levadizo puente de la puerta de la Torre.

De pocos puntos de la costa puede contemplarse el Océano con toda su extensión y magestad, como desde la Coruña. Las impresiones que recibe nuestra alma con el magnífico coamo dilatado panorama que la inmensidad va desarrollando á nuestra vista en sus periódicas ondulaciones, y cuya superficie tiene por término la bóveda del cielo, que refleja en ella los purísimos colores de sus nubes de carmín y plata; tienen un mucho más de religiosidad, mucho más de meditación, mucho más de grandeza, que los que tan bien nos describe Larmartine en sus marítimos viajes.

Por fin llegó la hora de partir, y la palacera *San Antonio y Animas* levó sus pequeñas anclas; deslizándose á remolque por la bahía, hasta que pasando el aislado castillo de San Anton, ese avanzado centinela de la ciudad, herizado de negras y espesas almenas entre las que muchos cañones asoman sus terribles bocas prontos á castigar la curiosidad del bagel que tarde en responder á su: *¿Quién vive?* tendió sus anchas velas como una ave colosal que despliega sus alas para volar, y al impulso de la fresca brisa de la mañana, nos fuimos alejando poco á poco de las pintorescas casas de la orilla.

Entre ellas sobresalía por su enorme cuerpo, esa paralelograma mole de San Jorge, iglesia ayer y coliseo hoy. . . . Teatro ayer y teatro hoy; ayer se representaban en él los misterios del Eterno, hoy los de los hombres. Acaso estos pudieran más que aquel. . . ? Esto es problemático: lo cierto es que si esta metamorfosis hija de las revoluciones y no de la ilustración del siglo, como algunos quieren significar, se les revelase á los sacerdotes coruñeses de otros tiempos, indudablemente hubieran confundido al adivino con sus imponentes miradas de incredulidad y reprobación.

Conforme nos íbamos alejando de la ciudad, se iba debilitando por intervalos ese murmullo sordo y monótono que forma el pueblo en las plazas públicas de nuestros puertos de mar. La Coruña y el Orzan son dos eternos rivales del silencio, puestos de mancomun para atormentar al hombre que busque reposo y tranquilidad. El pueblo bulle de día y el mar de noche... sinónimos del bullicio tan distintos en naturaleza, verdaderos gemelos del ruido que dividen su imperio en la noche y en el día.

Los brillantes rayos de la aurora empezaban á colorear las olas, las montañas iban recobrando ese verdor animado con que suelen revestirse al desaparecer la noche, y la polacra volaba por el inquieto zafir, rasgando con su angulosa proa los gigantescos montes de plateada espuma; ya encumbrándose sobre uno como el castillo feudal que se destaca en la cima de una colina, ya sepollándose entre dos como si su ennegrecido casco se hallase en la grada de su construcción pronto á volverse al agua.

A las pocas horas ya habíamos pasado el *Seijo blanco*, dejando por la popa esa disforme peña tan temible para los pasajeros de la Coruña ese poliedro negro y endurecido que llaman la *Marola*, sobre cuyos perímetros tantos naufragos estralló el viento de las tempestades, y que muy pocos que no sean marineros pasan por sus inmediaciones sin marearse, por las terribles convulsiones del Océano al afanarse por envolver y sepultar en sus entrañas, ese diván del genio de las borrascas.

Pocos instantes después el vendabal trajo á mis oídos siete campanadas de un reloj de la Coruña, y cuando volví los ojos para verla, apenas se distinguía por el velo de bruma en que la mañana la envolvía. Tan solo columbré la torre de Hércules, ese fanal fundado de ladrillos por los fenicios y forrado de piedra sillería por mandado de Carlos I; faro antiguo de la galática costa, celestial consuelo para el navegante que desde que pierde de vista el *Morro* de la Habana, lo primero que columbra al aproximarse á esta parte de España, es el ojo de lumbre con que ese atlético vigia nocturno vela por la salvación de los que divagan por los mares.

II.

Con los ojos fijos en la boca del *Segaño* y apoyado en la botavara de la polacra, iba yo pensando en aquellos venturosos tiempos en que el pueblo que me vio nacer era celebrado en el mundo como el poseedor de los mejores arsenales; cuando el capitán del buque se llegó á mi lado diciendome:

—Mira vd., si descubre al Ferrol?
 —En efecto, le contesté; pero ya voy perdiendo la esperanza de divisarle, porque cada vez nos alejamos mas de la *Punta coilelada*.
 —Eso es lo que tiene montar un cabo con viento contrario. Nunca ha visto vd. al Ferrol, caballero?

—Sí, señor; soy hijo de ese pueblo.
 —Oh! pues si es así, ya conocerá vd. al amo de este barco.

—Su nombre?
 —Don J. Sarracán.
 —Ah sí, Sarracán: le conozco mucho.
 —Ese comerciante era muy amigo de mi difunto capitán don Benedito Iccetto.
 —Mi padre!
 —Padre de vd., caballero!! pues su apellido de vd. no es Vicetto?

—Sí, capitán; pero es una corrupción de Iccetto.
 —Permitidme entonces que os abrace.
 —Con mucho gusto, capitán. Con que vd. ha navegado con mi padre?
 —Sí señor; en su bergantín *SAN GIOVANNI NE-PONTICENO*.

—Casualmente hace pocos meses que revolviendo varios papeles de mi casa, hallé un *Roll* de Génova en que se espresaban los nombres de su equipaje! Sols acaso su piloto Pietro Diaz?

—No señor...
 —Francesco...
 —Tampoco, tampoco: soy Miguel Libaróns.
 —Entonces es vd. el marinero aquel que hace muchos años le ha sucedido una desgracia...
 —Calle vd., caballero; no me la recuerde vd. por Dios!

—Pobre niña!! esa historia lastimosa estará escrita en su alma de vd. con sangre...

—Oh!
 —Quiere vd. hacer el favor de referirmela, por que á mi me la contaron hace muchos años y la recuerdo confusamente.

—Respete vd. mi dolor y no trate de aumentarle. Mañana vamos á pasar ceres del cementerio donde duerma el sueño de la eternidad.
 —En Santa Marta ¿no es verdad?

—Sí... sí...
 —Vamos, capitán; no se aflija vd. así, que parece que deseas llorar, a pesar de que la pérdida de esa hija debe conmover hasta la fibra mas recóndita de vuestra alma.

—Oh! mucho, mucho...!
 —V sin embargo de que conozco que atormentaré á vd. infinito hablándole de Leontina, no puedo menos de suplicarle me refiera su muerte y todas las circunstancias que la arrastraron al suicidio.

—Oh! eso será matarme.
 A una contestación así me quedé frío.
 Era indecible mi afán por saber aquella historia tan terrible, cuyo recuerdo descollaba entre todas las que habia oído y leído hasta entonces por su originalidad y misterioso desenlace. Este deseo ardiente de escuchársela á uno de los mismos personajes de aquel drama, avivaron mas mi curiosidad, en términos que no haciendo caso del efecto que haría en el corazón de aquel infortunado padre la relación de su desventura, volví otra vez á insistirle.

—Bien, bien: os la contaré, me dijo, enjugando una lágrima que se desprendía de sus ojos. Venid, sentémonos en este sitio.

Y así diciendo, mandó al timonel que se alejase, cogió la caña del timón, y sentándose en la popa de la polacra, empezó á referirme la muerte de su hija con todo el sentimiento de un padre desgraciado derramando abundante llanto.

III.

En mis viajes á Italia conocí una jóven bellísima que amé con todo el ardor de mi alma. A los pocos meses me casé con ella, y al dar á luz una niña... murió mi infeliz esposa Teresina. Figúrese vd. si yo sentiría mucho su muerte y si querría bastante despues á aquella hija que me dejaba, aquella alma de ángel vivo reflejo de la suya.

Cuando volví á España en el *San Giovanni*, Leontina ya tenía quince años: todos decían que era la mas bella italiana que pisaba las playas españolas... todos me daban el parabién por ser padre de una jóven tan linda, tan amable. La puse casa en Santa Marta al cuidado de un hermano mío establecido allí; y yo en tanto recorría los mares de marinero en el bergantín de su padre de vd.

Habían transcurrido dos años desde mi última separacion de Leontina, cuando una noche que veníamos de Barcelona para Bilbao, tuvimos que arribar á Santa Marta con motivo de un recio temporal, que yo bendigo al principio y maldigo despues.

Ibamos entrando en la rada de ese puerto, cuando un compañero mío se acercó á mi camarote gritándome que le fuese á ayudar á levantar el aparejo que traía amarrado á popa, pues pesaba tanto que imposible no trajera algun ballenato. Nos dimos prisa todos los marineros á tirar de la cuerda, y á los pocos minutos distinguimos un bulto como de persona que venia enganchado en uno de los anzuelos. Lo subimos sobre la murada de estribo del *San Giovanni* y contemplamos con asombro el cadáver de una muger.

¡Oh! que noche tan terrible!!

Trajeron al instante un farol para reconocerla, y en aquella muger ahogada, caballero, en aquella muger ahogada reconcí á mi hija Leontina...!!

Cuando el anciano marinero acabó de pronunciar estas palabras, un vértigo de horror se apoderó de mí y empecé á temblar de una manera espantosa; y mucho mas aumentaba mi asombro al mirar su rostro tan compungido, cuya lastimosa expresion de dolor degeneraba en desesperacion y saña.

Hubo unos cortos instantes de silencio. Despues prosiguió el anciano su historia de esta manera.

—Traía Leontina amarrada al buello una cajita que abriéndola con ansiedad mis compañeros, encontraron dentro una carta.. Esta, caballero,

esta que tengo aquí sobre el corazon. Leedla y callad mientras yo lloro. Sacó el capitán del pecho un papel, y presentándomelo en seguida, lei los siguientes fragmentos que copié en mi libro de memorias.

IV.

«Yo le amaba mas que á mi padre, mas que á mi vida. Yo le entregué mi corazon... fui suya... Cuando sentí que iba á ser madre, me arrojé á sus pies para que se casara conmigo, no llevada de la ambicion de ser esposa de un noble, de un mayorazgo... si porque mi hijo no me maldijera al preguntarme alguna vez quien era su padre. Enrique me despreció, se rió de mis lágrimas; y entonces el amante tímido y rendido de antes, se convirtió en un seductor salvado, y para acabar de martirizarme me dijo que de allí á dos dias iba á casarse con la marquesa de C... (1)

Esta es la hora en que deben unirse... En este momento los dos se estarán jurando un amor eterno, y despues serán felices sin que la sombra de Leontina ultrajada, se mezcle en sus ensueños de ventura, en sus delicias de amantes...

Marlucro que encontres mi cadáver en el Océano, derrama en él una lágrima por Leontina, y eleva al cielo una oracion por el descanso de su alma...!

VICENTO.

RUINAS.

DE LA ABADIA DE MORTEMER. (EURA.)

A corta distancia de Ecomy y en medio de la selva de Lyons, elevanse las románticas ruinas de la abadía de Mortemer. Dumont, en el *Vezin* nombrando fué la cuna de una abadía fundada en 1150, por Roberto de Dandos, gobernador del castillo de Gisors, en agradecimiento sin duda por haberse salvado de la traicion que amenazara sus dias en Gisors; mas ora los descendientes de Roberto dejásen de continuar su proteccion á los monges de Beaumont, ora esas piadosos cenobitas aspirasen á mas retirada vida en medio de un pais menos risueno y mas agreste, despues de haber residido algunos años en la abadía se marcharon en busca de otras saludes. En la selva de Lyons hay un estrecho y umbroso valle que se dirige de sudoeste á noroeste; los granizos de las aves de rapina y el murmullo de un débil arroyuelo eran á principio del siglo XII, lo mismo que en el dia, lo unico que turbaba el silencio solemn de aquella nueva Tebaida. Las aguas del arroyo hallando obstáculos en su curso desaparecian repentinamente.

(1) Por evitar aun algunas personas que figuraron en los hechos que relato, oculto sus verdaderos nombres.

y luego aparecían de nuevo para perderse otra vez, formando una especie de pantano ó estanque desde el sitio donde nacían hasta aquel en que desaparecían del todo; por lo que dieron ocasion á que se las llamase Mortemer, nombre que se hizo querido de los normandos á consecuencia de una famosa batalla.

En este solitario valle, pues, en este profundo retiro, asilo seguro contra el tumulto y distracciones del mundo, se refugiaron los religiosos de

Beaumont. Enrique I á quien solo le quedaba una corta y triste morada en la tierra, Esteban y Godofredo, Plantagenet, Enrique II, y Ricardo Corazon de Leon, dotaron y protegieron al naciente monasterio; el cual habiéndose adoptado la regla del Cister tuvo necesidad de toda la liberalidad de los soberanos para llegar á ser, como los demas conventos de la órden, el refugio de los viajeros. La reina Matilde, esposa de Esteban Plantagenet, contribuyó á los gastos de construccion de la Iglesia;



Ruinas de la abadia de Mortemer.

y sin embargo, no se empezó hasta el reinado de Enrique II. Duraron los trabajos tres años, y costaron mas de mil libras (moneda de la época.) Falta solo edificar el coro, cuyos cimientos se echaron de 1178 á 1180 por disposicion del abate Ricardo de Blossville, y fué terminado por su sucesor Guillermo en los últimos años del siglo. Enrique II celebró en la abadia de Mortemer la entrada en la cuaresma de 1161, y con toda su

corte recibió la ceniza de mano de San Pedro de Tarentesa, legado del papa. Estos bellisimos escombros son en el dia propiedad de un inglés rico, cuyo ilustrado afan vela por su conservacion, pero por desgracia hace pocos años que pasó á sus manos esta propiedad desde las de un calera, quien cada dia destruía ó un arco ó una columna, cuyas piedras empleaba en la fabricacion de la cal.

ANUNCIO.

GUIA DEL VIAGERO EN ESPAÑA

SEGUNDA EDICION.

considerablemente corregida y aumentada.

Comprende una noticia histórica, geográfica y estadística del reino; descripción de las principales poblaciones que atraviesa el viajero en todas las carreteras generales y transversales; distancia de la capital á las principales ciudades y de estas entre sí, con un cuadro estadístico de las

provincias de España, partidos en que se dividen, número de pueblos, de vecinos y de almas de que constan, con un apéndice que reúne cuantas noticias puedan apetecerse relativas á comunicacion y transporte; diligencias, correos, carros, galeras, ordinarios, mensajeros, fondas, cafés, baños, aguas minerales, ferias, mercados etc. etc.

Un tomo en 8.^o de mas de 500 páginas, edicion compacta.

Se vende á 16 rs. en rústica, 18 encartonado á la inglesa, y 20 en pasta, en Madrid en el Gabinete literario, calle del Príncipe y en la administracion de diligencias Peninsulares. En las provincias en casa de todos los correos provinciales del señor Mellado, editor, y en las administraciones de correos y diligencias.

BIBLIOTECA

POPULAR ECONÓMICA.

TOMO GRATIS.

Con arreglo á la base 7.^a del segundo prospecto de esta publicación, el tomo 2.^o de los **Misterios de París**, que es el undécimo de los publicados desde el mes de diciembre en que se establecieron las dos secciones, se repartirá **gratis** á todos los que hayan sido suscritores constantes á las mismas. Mas claro; todo suscriptor á la Biblioteca que haya recibido el Manual de Historia Romana, el Señor de Beaubre, el Manual de Mitología, la Maga de la Montaña, las Obras Festivas de Quevedo, los tres primeros tomos de la historia de la Revolución Francesa por Thiers, y el primero de los Misterios de París, tiene derecho á recibir gratis el tomo segundo de esta última obra que debe repartirse del 20 al 30 del presente junio. El mismo derecho adquiere el que se suscriba de nuevo y tome todas las referidas obras ó el que habiendo recibido algunas tome las que le falten para el completo de ellas. Los que por haber interrumpido la suscripción hayan dejado de recibir alguna de estas obras, han perdido todo derecho sino se ponen al corriente, pues el beneficio del tomo **gratis** está concedido solo á los suscritores constantes á las dos secciones, ó sea á los que reciban todas las obras que publique la Biblioteca sin esceptuar una sola.

Las oficinas de administración de la empresa con arreglo á las listas de suscripción harán la remesa del tomo gratis en los mismos términos y por igual conducto que los demás, á todo el que tenga derecho á él. En Madrid se hará el correspondiente abono en los recibos de suscripción al tiempo de verificar la cobranza que siga inmediatamente despues de repartido el tomo. Para evitar dudas y reclamaciones en lo sucesivo debemos advertir que los tomos gratis serán siempre, conforme al tenor de lo ofrecido, los undécimos de la publicación desde que quedaron establecidas ambas secciones, por ejemplo, serán gratis el 11, 22, 33, 44, 55, 66, 77, 88, 99, &c. nunca el undécimo á voluntad del suscriptor porque esto ocasionaría tal confusión que sería imposible el entenderse. El suscriptor no tiene derecho á elegir el tomo que haya de recibir gratis, sino que recibirá el que por su turno le corresponda, si ha llenado las condiciones que se exigen.

Advertencia.

La publicación de la **Historia del Consulado y del Imperio** por Mr. Thiers, va tan despacio en París, que desde luego no podremos emprenderla nosotros inmediatamente despues de la **Revolucion** que estamos dando, porque no queremos empezar obra alguna cuyo original no esté concluido y en nuestro poder, para evitar el inconveniente de tener que interrumpir la publicación, fuereveniente que hace mas grave é inmediato la rapidez con que hacemos las impresiones. La misma observacion que con la **Historia del Consulado** tenemos que hacer respecto al **Judio Errante**; hace mas de un año que se empezó á publicar en París, y aun faltan dos tomos por salir á luz, interrumpiéndose á cada momento los folletines del **Constitutionelle** donde se publica; tan luego como esté concluida la obra nosotros tambien la daremos; y la daremos tan pronto, que casi la tendrán los suscritores al mismo tiempo que el último trozo de las infinitas traducciones que se están haciendo, y tan barata que creemos no equivocarnos mucho asegurando que les costará poró mas de un duro la obra completa. Entre tanto, y puesto que estos inconvenientes no estén en nuestra mano vencerlos, daremos en la primera seccion cuando concluya la **Historia de la Revolución Francesa**, el **Manual de Historia Sagrada** y acaso algun otro mas de los que tenemos ofrecidos; y en la segunda seccion terminados que sean los **Misterios de París**, si no está concluido el **Judio Errante**, publicaremos el **Guzman de Alfarache** pero si el **Judio Errante** hubiese concluido de publicarse en París, entonces lo daremos inmediatamente y con preferencia á todo. Para mucho antes que concluyan estas obras, tendremos el gusto de anunciar á nuestros lectores las que han de seguirles y varias mejoras que proyectamos, siendo la primera y mas inmediata la de poner nuevas fundiciones que se estrenarán en seguida que terminen las dos obras pendientes.

REGALO.

Algunos de los que nos favorecen con su suscripción desde el principio de la **Biblioteca**, han

manifestado estrañeza porque el regalo ofrecido para fin del corriente junio sea solamente dedicado á los suscritores á ambas secciones á la vez, y no participen de él los que lo son á una sola aunque constantemente.—La razon porque disfrutan mayores ventajas los que se suscriben á las dos secciones que aquellos que lo están á una sola, es una razon tan sencilla que cualquiera la comprende; los que mas contribuyen al mantenimiento de la empresa son tambien los mas acreedores á mayores ventajas; cuanto mas es el sacrificio mas debe ser la recompensa. Los suscritores á una sola seccion no tienen motivo para quejarse de una preferencia que si quieren pueden obtener tambien, y lo tienen menos porque apenas hace seis meses que se les ha distribuido un regalo, y tenemos ofrecido repetir de vez en cuando estas demostraciones. En enero regalamos á todos en general una obra, por qué se estraña que en junio regalemos otra nada mas que á los que contribuyen doblemente al sostenimiento de la empresa? Esto no quiere decir que en su dia no nos mostremos agradecidos tambien con los suscritores constantes de una sola seccion; nos mostraremos como ya lo hemos hecho el dia que menos lo esperen; pero no habria justicia para tratar lo mismo á los que contribuyen con uno que á los que contribuyen con dos; hoy ha tocado á estos, mañana tocará á aquellos; nosotros ante todo debemos ser justos y equitativos, favoreciendo mas á quien mas nos favorezca.

Las **Adiciones al Quijote**, ó continuacion de la vida de Sancho Panza, que es la obra que hemos ofrecido regalar, formará un elegante tomito perfectamente impreso, con 30 bonitos grabados originales, cuyo tomo se repartirá en Madrid para fin del corriente, y se remitirá á provincia con la primera remesa que se haga en el mes de julio, á todos los que tengan derecho á él con arreglo á las bases del anuncio en que se ofreció, que son las siguientes:

1.º Para obtener el segundo regalo ofrecido, es necesario haber sido suscriptor constante, y sin interrupcion, á las dos secciones de la Biblioteca desde el establecimiento de estas hasta 50 de junio próximo. Mas claro; solo obtendrán el regalo los suscritores que hayan recibido, el Manual de Historia Romana, el Señor de Bambibre, el Manual de Mitología, la Maga de la Montaña, las obras festivas de Quevedo, y los tomos que vayan publicados de la Historia de la Revolucion francesa por Thiers y de los Misterios de París hasta dicha época.

2.º Tambien podrán optar al regalo los que se suscriben de nuevo á todas las referidas obras, ó los que habiendo sido ó sean suscritores y les falte alguna, la tomen para antes de que se verifique el reparto del regalo prometido.

3.º Ningun suscriptor que no haya llenado estas condiciones recibirá el regalo, sin que en este punto hagamos escepcion en favor de nadie, porque estas demostraciones tan costosas en sí, son y serán siempre, como repetidas veces hemos dicho,

un obsequio hecho á nuestros suscritores constantes.

4.º A los suscritores de provincia se les remitirá el regalo, franco el porte, por conducto de los corresponsales donde la empresa los tenga establecidos, ó por el correo directamente, en los pueblos donde no los haya. En Madrid se hará la distribucion por conducto de los repartidores.

La empresa conserva las listas de todos sus favorecedores, y procurará obrar en la distribucion con la imparcialidad y buena fé que tiene acreditada.

Los que no tengan derecho al regalo lo podrán adquirir por el infimo precio de 6 reales en Madrid y 7 en las provincias, pero han de ser suscritores á la **Biblioteca**, pues no siéndolo, su precio es 10 rs. en Madrid y 12 en provincia. Dándolo á tan infimo precio á nuestros abonados que no tengan derecho á él, nos proponemos probarles nuestro deseo de complacerles en cuanto nuestros intereses lo permitan.

ANUNCIOS.

España geográfica, histórica, estadística y pintoresca. Un tomo de mas de 1,000 páginas en 4.º mayor, edicion de lujo, con preciosos grabados que representan vistas de los monumentos y poblaciones notables, y tragados todas las provincias, impreso con toda elegancia y esmero en esquisito papel. Al fin de la obra, se dará un mapa de España, y un cuadro expresando la distancia de Madrid á todas las capitales y de estas entre sí, con las correspondientes portadas y cubiertas para la encuadernacion. Se publica por tomos ó por entregas á eleccion del suscriptor; pagando el tomo de una vez antes de publicarse la entrega quinta, solo costará 30 rs. en Madrid y 36 en provincia. Despues de la publicacion de esta entrega el suscriptor pagará tantas cuantas tenga el tomo á razon de dos rs. cada una, y diez rs. por cuatro en provincia. Las entregas constan de dos pliegos dobles de impresion, y se reparten dos cada semana desde la última de mayo. La obra estará concluida infaliblemente para fin de agosto.

Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Principe núm. 23, y en las provincias en casa de todos los corresponsales del Establecimiento tipográfico del señor Mellado, editor.

España Caballeresca, por don José Muñoz Maldonado, un tomo en 8.º mayor de 400 páginas con 100 preciosos grabados, edicion de lujo con una elegante cubierta. Contiene las tres novelas originales siguientes: **El Gabán de don Enrique el Doliente**.—**Beltran de la Cueva**.—**Don Juan el Tuerto**. Se vende á 20 rs en Madrid y 24 en provincia, en el Gabinete literario y en casa de todos los corresponsales del señor Mellado, editor.